

Lucius Shepard

El hombre que pintó al dragón Griaule

Premio World Fantasy 1988



narrativa fantástica

Los mundos apresados por la pluma de Lucius Shepard destacan por su marcada ambición temática: En la guerra de Vietnam una emisión radiofónica es interferida por voces que no deberían estar allí; un hombre obsesionado por el contacto con extraterrestres; el viejo e inmenso dragón que solo duerme y sueña, y que cambia con sus visiones el mundo de quienes le rodean... Un auténtico carrusel enloquecido, construido por una mente capaz de ver allí donde los demás sólo perciben sombras.

Con un sello personal inimitable y totalmente innovador, la fuerza de estos relatos y las implicaciones de los temas tratados han hecho de Lucius Shepard un autor admirado más allá de las revistas del género y le han granjeado un recibimiento entusiasta por parte de la crítica literaria.

El volumen original *The Jaguar Hunter* se dividió en dos volúmenes en la edición en castellano; siendo la primera parte *El cazador de jaguares* y finalizando con *El hombre que pintó al dragón Griaule*.

Prólogo

Es raro que en la escena literaria (ya sea entre los anuncios de *whisky* escocés y trajes de noche del *The New Yorker*, o en las granulosas dos columnas del *Fantasy and Science Fiction*), surjan nuevos escritores con un convincente dominio del lenguaje, una amplia gama de técnicas narrativas y una auténtica e imponente presencia como autores. Los recién llegados que consiguen la atención general pueden escribir igual que serafines disfrazados. O quizá se muestren como expertos capaces de atraparle con finales sorpresa que usted nunca hubiera esperado. O (y esta es la menos probable de las tres hipótesis) pueden mostrarle una compasión ganada al precio de muchas dificultades o el conocimiento del mundo que suele acompañarla, compensando con ello a duras penas sus deficiencias como estilistas o creadores de argumentos fascinantes.

Pero no es frecuente que uno se encuentre leyendo a un recién llegado cuya obra consigue combinar esas tres virtudes. La razón es sencilla. Dejando aparte a unos cuantos prodigios literarios que se aplican a su labor igual que las termitas a la madera, el ejercicio de escribir requiere sangre, sudor y lágrimas. No solo precisa un talento que se pueda desarrollar, sino también el haber aprendido desgastándose los dedos hasta el hueso, algo que de vez en cuando puede resultar más humillante que ennoblecedor. Dado que la mayor parte de escritores empiezan a vender su trabajo cuando están a punto de cumplir los veinte años o

cuando hace poco que los han cumplido, parte de su aprendizaje se lleva a cabo en público, tecleando obras apenas vendibles mientras luchan por mejorar su arte y crecer como personas. No es sorprendente, pues, que los neófitos en el arte de la escritura produzcan de manera irregular, cantando en un momento dado arias exquisitas y, al siguiente, chillando groseramente... Pero incluso los momentos de triunfo pregonado a pleno pulmón revelan más la amígdala que el tono adecuado, la fuerza bruta que el rigor.

Y el que haya mencionado todo esto no tiene otro objetivo que llegar a la presentación de Lucius Shepard..., quien, al igual que Atenea surgiendo magníficamente completa de la frente de Zeus, apareció en el escenario de la fantasía y la ciencia ficción como talento totalmente formado. (Por otra parte, ¿cuánto tiempo estuvo gestándose Atenea antes de proporcionarle esta terrible jaqueca a su papá?). Sus primeros relatos —«The Taylorsville Reconstruction», aparecido en el *Universe 13* de Terry Carr y «Los ojos de Solitario» del *Fantasy and Science Fiction*—, se publicaron en 1983; y ya demostraban que Shepard era un narrador tan diestro como versátil. En 1984 hubo por lo menos siete obras más (relatos cortos, cuentos, novelas cortas) firmadas por Shepard que aparecieron en los sumarios de las mejores revistas y antologías del género. Esas obras mostraban una amplitud de experiencias y una madura capacidad de penetrar en las complejidades de la conducta humana que resultaban sorprendentes en un «principiante». En mayo de 1984 su novela «Ojos verdes» apareció como el segundo título de la revivida serie *Ace Science Fiction Specials*; y en 1985, en la Convención Mundial de Ciencia Ficción celebrada en Melbourne, Australia, el premio John W. Campbell para el Mejor Nuevo Escritor fue para Lucius Shepard... con una absoluta y, por lo tanto, gratificante justicia.

De acuerdo. ¿Quién es ese tipo? Nunca he llegado a conocerle personalmente pero he leído casi todo lo que ha publicado hasta el momento. Además, hemos intercambiado correspondencia. (Yo le escribí y él me respondió). Aparte de esos breves contactos, he hablado dos veces con Lucius Shepard, dos conferencias a larga distancia; y todos mis encuentros casi-de-la-tercera-fase con ese hombre probablemente me han dado la equivocada impresión de que sé algo de vital importancia acerca de la persona que hay detrás del nombre, cuando lo que en realidad sé es tan solo lo que ustedes van a descubrir en cuanto empiecen a leer esta recopilación de relatos suyos. Es decir, que Lucius Shepard domina el lenguaje con la maestría de los mejores escritores del género, que no solo conoce los trucos sino también algunos de los más profundos misterios del oficio, y que ha vivido el tiempo suficiente y con la intensidad necesaria para haber adquirido una profunda sensibilidad y sabiduría de las mejores formas en que utilizar su conocimiento de la gente y el arte para transfigurar una diversión honesta en un arte nada pretencioso. Todos, absolutamente todos los relatos de «El cazador de jaguares»^[1] son agradables y entretenidos, pero algunos de ellos —quizá casi la mitad—, se alzan hacia la belleza y la verdad de lo que perdura mucho tiempo, tal y como fueron definidas por Keats.

¿Cómo es posible tal cosa? Bueno, Shepard empezó a escribir un poco tarde (es decir, cuando ya había cumplido los treinta años), tras un aprendizaje mundano que incluyó un conocimiento forzado de los clásicos ingleses a manos de su padre; una rebelión adolescente contra la educación institucionalizada; estancias como expatriado en Europa, Oriente Medio, India y Afganistán, entre otros lugares exóticos; una dedicación intermitente pero bastante seria a la música *rock*, con grupos como *The Monsters*, *Mister Right*, *Cult Heroes*, *The Average Joes*, *Alpha Ratz* y *Villain* (*Tenemos formas de hacerte bailar*); viajes ocasionales a Sudamérica, donde le ha concedido la categoría de «Escondite Fa-

vorito» a una isla situada ante la costa de Honduras; el matrimonio, la paternidad y el divorcio; y algunas aventuras tanto en calidad de asalariado como de hombre sin trabajo que quizá algún día se decida a narrar en su autobiografía, pero de las que sé demasiado poco para atreverme a mencionarlas, aunque sea de pasada. Una inmersión total en el taller Clarion para aspirantes a escritores de fantasía y ciencia ficción hizo que empezara a poner a prueba sus talentos en el verano de 1980, y poco después de aquello publicó sus primeros relatos. Para decirlo brevemente, Lucius Shepard está muy lejos de ser un novicio —aunque quizá todavía se le pueda calificar de Joven Turco—, e incluso los profesionales de mediana edad con más de un libro o dos a su espalda tienen que reconocerle como uno de sus pares. A decir verdad, ya ha dado muestras de una capacidad y un dominio de su arte que despiertan tanto la humildad como una inmensa alegría en aquellos de nosotros que creemos en el poder de la literatura para dirigirse al corazón humano.

Los ecos obsesivos del conflicto vietnamita reverberan a través de relatos como «El Salvador», «Mengele» y «Delta Dulce Miel». Por su parte, «Coral negro», «El fin de la vida tal y como la conocemos», «La historia de una viajera» y «El cazador de jaguares» iluminan ese mismo exhuberante paisaje sudamericano de una forma que recuerda vagamente a Graham Greene, Paul Theroux y Gabriel García Márquez. Sin embargo, la voz de Shepard sigue siendo decididamente propia e inimitable. En «Cómo habló el viento en Madaket» y «La noche del Bhairab Blanco» desarrolla unas nada corrientes variaciones del relato de horror contemporáneo. En el primer relato, por ejemplo, dice del viento: «Era algo procedente de la naturaleza, no de algún otro mundo. Era el yo desprovisto del pensamiento, el poder carente de toda moral». Y en la novela corta «Una lección española», Shepard osa concluir su barroco relato con una máxima moral que «hace vibrar la historia más allá de las dimensiones

de la página». Y, dicho sea de paso, mi favorito de la recopilación es «El hombre que pintó al dragón Griaule», una historia que, a la manera indirecta de la parábola, contiene muchas revelaciones tanto sobre el amor como sobre la creatividad. Sin embargo, rara vez se podrá encontrar una parábola tan vívida y tan conmovedoramente desarrollada.

Así pues, escojan una historia al azar, léanla y, después de hacerlo, se verán impulsados irresistiblemente a devorar las otras historias del libro. Lucius Shepard ya está entre nosotros. El cazador de jaguares anuncia soberbiamente esa llegada.

MICHAEL BISHOP

Delta Dulce Miel

En Noc Lihn conocí a un tipo que se encargaba de contar los cadáveres: se llamaba Randall J. Willingham. Era flaco, pelirrojo, un chaval del sur con la cara llena de pecas y los ojos tan azules como las fichas que usan para jugar a las cartas y, de vez en cuando, si estaba flipado, solía llegarse hasta el búnker de operaciones y se ponía a hablar por la radio, soltando lo primero que se le ocurría, y hablaba de su pueblo natal y de su perro, lo que pensaba de la guerra (estaba en contra) y lo que sentía cuando hacía el amor con su chica, y al hablar de ella decía cosas realmente bonitas, casi poéticas, ya saben, lo que susurraba y la forma como subía las rodillas hasta el pecho para dejarle meterse bien adentro. En su voz había algo puro y lleno de paz, y si prestabas atención a sus frases y a su forma de articular las palabras podías sentir cómo la guerra iba saliendo de tu ser, y antes de que te dieras cuenta empezabas a pensar en tu chica, tu perro y tu pueblo, y no pensabas en ellos con el dolor de la nostalgia sino con una extraña alegría, porque te dabas cuenta de que, al menos, habías conocido todas esas cosas buenas de la existencia. Para muchos de nosotros su voz llegó a ser el oráculo de la suerte, nuestra supervivencia, e incluso los peces gordos que intentaron poner punto final a sus emisiones acabaron dándose cuenta de que estaba haciendo mucho más bien que cualquier maldito oficial encargado de mantener la moral, y cada vez que la guerra parecía calmarse y había un poco de tiempo libre

en antena acababan llamando a Randall y le preguntaban si estaba de humor para hablar durante un ratito.

Lo gracioso de Randall era que se trataba de uno de esos tipos a los que casi nunca podías sacarle una palabra, salvo cuando tenía un micro en la mano. Siempre fue un solitario, y su conversación se limitaba a los «Hola» y «¿Qué tal estás?», ese tipo de cosas, y el convertirse en una celebridad hizo que acabara siendo todavía más callado que antes. La mejor explicación de su comportamiento es la que nos dio cierta vez, cuando estaba en el aire:

—Si os encontráis con el viejo Randall J. por la calle, seguro que os diréis: «¡Vaya, no puede ser Randall J.! Ese montañés con cara de tonto no sería capaz de recitar ni el juramento a la bandera, así que, ¿cómo es posible que sea el locutor radiofónico más escuchado en todo Vietnam del Sur?». Y estaríais en lo cierto, porque el viejo Randall J. no es de los que llegan a cien en los exámenes para el coeficiente intelectual, tiene tanta imaginación como un tronco a medio talar, y si le paraseis en la calle para decirle «¿Qué tal?», lo más probable es que se pusiera tan nervioso que no supiese cómo contestaros. Pero, muchachos, cuando se pone delante de un micro el viejo Randall J. se transforma en ondas radiofónicas y la luz oscura que llevaba dentro se vuelve muy brillante, y su espíritu vuela por encima del Camino del Trueno, dejando atrás la Costa del Napalm, mezclándose con el ozono y convirtiéndose en Randall J. Willingham, el Gran Sacerdote de la Auténtica Verdad del Alma, el Espíritu Santo que zumba en la frecuencia de los sesenta kilociclos.

La base estaba situada en una pequeña loma encuadrada por otras colinas de mayor altura, y hubo un tiempo en el que todas formaron parte de la plantación de caucho explotada por la compañía Michelin, pero ahora se encontraban casi totalmente defoliadas, convertidas en arrugados montículos marrones. La dotación de la base estaba compuesta por unos siete mil hombres que vivían en casamatas

y tiendas esparcidas por las laderas, y el único edificio que gozaba de cierta permanencia era un gran cobertizo Quonset que alojaba a la cantina y al puesto de mando; la choza estaba pegada a la valla de alambre espinoso, allí donde empezaba la colina. Yo formaba parte del contingente de la PM y supongo que fui lo más aproximado a un amigo que tuvo Randall en toda su vida. No éramos lo que se dice íntimos, pero yo también procedía de una pequeña ciudad sureña, y al ser hijo de gente bien estaba familiarizado con tipos como él —hijos de granjero, callados y algo raros, chicos tremendamente vulnerables—, y me inspiraba una mezcla de simpatía y responsabilidad. Y lo cierto es que merecía toda mi simpatía: nadie podía haber tenido un trabajo peor que el suyo, especialmente si se tenía en cuenta que su sargento, un veterano del Ejército llamado Andrew Moon, que llevaba el pelo cortado a cepillo y los ojos como dos canicas sin lustre, le había escogido como chivo expiatorio y chico de los recados. Cada mañana pasaba junto al cobertizo con el techo de estaño donde descargaban los cadáveres (el cobertizo también quedaba dentro de la empalizada, pero la colina le separaba del puesto de mando), y allí estaba Randall, rodeado por los sacos de plástico que se amontonaban a su alrededor como inmensos racimos de fruta negra con Moon vigilándole a unos metros de distancia, el ceño eternamente fruncido. Me había impuesto el deber de pararme durante unos minutos y hablar con Randall para que así pudiera gozar de una breve escapatoria a la tiranía de Moon, y aunque nunca llegó a darme las gracias y, si he de ser sincero, jamás respondió muy efusivamente a mis comentarios, no tardó en llamarme por mi nombre de pila, Curt, en vez de utilizar mi rango. Cada vez que me disponía a irme veía cómo la tensión volvía a su rostro, y antes de estar lo bastante lejos como para que me fuese imposible oírle podía escuchar los insultos y las groserías de Moon. Creo que la explicación está en esos días de contemplar cavidades abdominales, ver sesos y corazo-

nes calcinados, con Moon chillándole continuamente... Creo que eso fue lo que acabó haciendo brotar la poesía de Randall, lo que dio a luz su alma radiofónica.

Intenté hablar con Moon, conseguir que no fuera tan duro. Le visité una tarde, en su tienda, y le pregunté por qué trataba tan mal a Randall. Naturalmente, conocía la respuesta. Los hombres como él, los tipos que habían conseguido un poco de poder y habían acabado hinchándose de tanto usarlo..., bueno, no les hacía falta ninguna excusa para ser brutales; en el interior de esa gente hay tanta maldad que tarde o temprano tiene que acabar saliendo por algún sitio. Pero —pensando que podría manejarle mejor que Randall—, hice planes para cambiar el curso de sus pequeñas maldades, para convertirme en su blanco, y me pareció que visitarle en su tienda era un buen modo de empezar la jugada.

Pero Moon se negó a picar; se limitó a quedarse tumbado en su catre, contemplándome con los ojos medio cerrados, moviendo la cabeza con expresión meditabunda, como si hubiese comprendido lo que pretendía y no pensara dejarse engañar ni un solo segundo. Llevaba unos cuantos días sin afeitarse por lo que tenía las mejillas cubiertas por una áspera floración de vello, duro y negro como el pelo de un cerdo.

—Mira —me dijo al final—, no lograba comprender por qué tenías tantas ganas de hacerte amigo suyo, así que acabé echándole una mirada a tu historial. —Se rio, una mezcla de gruñido y risotada—. Y ahora ya sé por qué.

—¿Ah, sí? —dije yo, manteniendo mi fachada de calma.

—¡Chico, tienes toda una herencia! Toda esa noble sangre sureña, todos esos generales y senadores muertos... Cuando vi eso me dije: «Andy, no te lo tomes tan mal. Este chico intenta ser como su abuelito, nada más. Una buena obra de vez en cuando, hacerles un favor a los negritos y a la pobre basura blanca...». ¿Verdad que tengo razón?

No pude negar que cuanto había dicho contenía una leve sombra de verdad, pero me negué a dejarme irritar por sus palabras.

—Oye, no estamos hablando de mis motivos —le dije.

—Bueno, pues tampoco hablamos de los míos..., al menos, aún no hay nadie importante que se haya preocupado por ellos. —Puso los pies en el suelo y clavó los ojos en mi rostro—. Mira, hijo, tienes un buen historial. Pero si intentas joderme descubrirás que tu culo está patrullando Quanh Tri antes de que tengas el tiempo suficiente para parpadear. ¿Comprendido?

Sentí lo mismo que si me hubieran metido en un océano de agua helada. Sabía que podía cumplir su amenaza —cualquier hombre que haya llegado a sargento en plena guerra tiene unos cuantos amigos poderosos—, y no quería verme en Quanh Tri.

Moon percibió mi temor y se rio.

—¡Venga, lárgate ya! —dijo y, antes de que yo hubiese salido de la tienda, añadió—: Y puedes venir por aquí siempre que quieras, hijo. No tengo nada contra todo eso de la *noblesse oblige*. De hecho, me encanta ver ese tipo de cosas.

Y me marché, sabiendo que Randall no tenía salvación.

Si vuelvo la vista hacia atrás no me cabe duda de que Randall se hizo pedazos en seguida y que sus locos discursos radiofónicos eran síntomas de su disolución. Es posible que de estar en otro tiempo y otro lugar alguien se hubiese dado cuenta de su estado; pero en Vietnam, cuanto hacía daba la impresión de ser una reacción normal a la locura de la guerra, e incluso es posible que su comportamiento pareciese un tanto más normal que el de algunos otros, y la verdad es que si no hubiese hecho cosas raras todos habríamos pensado que estaba realmente chalado. Así pues, creíamos que era algo raro, pero no estaba tan mal como para que no pudieses hacerle una broma de vez en cuando,

y creo que fue ese error el que acabó provocando todo lo que sucedió...

Y, sin embargo, no estoy totalmente seguro de eso.

Randall hizo su emisión cuando yo estaba de guardia en el puesto de mando, varias noches después de mi charla con Moon. Siempre terminaba igual: intentaba entrar en contacto con las patrullas de fantasmas que, según afirmaba, vagaban por las zonas pacificadas. Y en vez de usar las señales de código normales, cosas como Charlie Baker Able, se inventaba otras que encajaban mejor con la poesía campesina de su estilo, códigos como Lobo Ángel Plata o Pradera Alba Omega.

—Delta Dulce Miel —dijo esa noche—. ¿Me recibís? Cambio.

Se quedó inmóvil durante un momento, escuchando la estática que llegaba de ninguna parte.

—Sé que estás ahí, Delta Dulce Miel —siguió diciendo—. Os puedo ver con toda claridad, en las tierras altas que hay cerca de la montaña Virgen Negra, avanzando a través de hilachas de niebla que recuerdan el humo de la batalla, y tenéis un poco de miedo porque ya no estáis en el mundo y porque hay todo un mundo de miedo entre el aquí y la otra vida. Venid a mí, Delta Dulce Miel, y contadme qué tal van las cosas. —Dejó de transmitir durante un rato; luego siguió hablando al ver que nadie le contestaba—. Quizá penséis que no comprendo vuestros problemas, hermanos. Pero os aseguro que puedo entenderlos. Conozco vuestros miedos y vuestras esperanzas, sé que el hechizo creado por tanto veneno, tanto fuego y acero volador, ha acabado deformando la química del destino y ha hecho que os perderais en las guerras del espíritu, en vez de encontrar el descanso más allá de la tumba. Mi alma sigue vuestros movimientos, os veo avanzar más y más hacia la paz que hay al final de todo lo que existe, atravesando los bombardeos de mortero que desprenden espesas gotas de silencio, con ángeles como balas trazadoras guiándoos hacia adelante, es-

cuchando la fría canción blanca de las estrellas que se van aproximando... Volved a mí, Delta Dulce Miel. Aquí vuestro viejo amigo Randall J., prisionero de la Tierra, emitiendo desde Noc Lihn. ¿Me recibís?

Un salvaje estallido de estática y después una voz que respondía, diciendo:

—¡Randall J., Randall J.! Aquí Delta Dulce Miel. Te recibimos alto y claro.

Dejé escapar una carcajada, y los oficiales que estaban sentados al otro extremo del búnker volvieron la cabeza hacia mí, sonriendo. Pero Randall estaba contemplando la radio con una expresión de horror, como si del altavoz rezumara sangre, y no estática. Accionó el interruptor del micro y, con voz temblorosa, dijo:

—¿Cuál es vuestra posición, Delta Dulce Miel? Repito. ¿Cuál es vuestra posición?

—Supongo que podrías definir nuestra posición como algo bastante relativo —le contestaron—. Pero en cuanto a ti concierne, amigo, puede decirse que vamos de camino. Oye, Randall J., tienes un sitio entre nosotros. Te estamos esperando.

La nuez de Randall subió y bajó espasmódicamente, y se humedeció la lengua con los labios. Las luces del búnker hacían resaltar todavía más sus pecas.

—¿Sabes qué se siente cuando estás inmovilizado por el fuego enemigo? —siguió diciendo la voz—. ¿Cuando estás tendido en el suelo con las balas pasando a unos centímetros por encima de tu cabeza? Y empiezas a pensar en lo sencillo que sería levantarte y terminar con todo... ¿Has sentido eso alguna vez, Randall J.? Sueles quedarte tendido en el suelo porque las cosas no están lo bastante mal para hacerte seguir esa ruta. Pero, amigo, tal y como te van las cosas, ahora que te pasas el día y la noche metiendo las manos en la carne muerta...

—Cállate —dijo Randall con un tenso hilo de voz.

—... y con ese gilipollas de Moon jodiéndote, volviéndote loco... Bueno, quizá ha llegado el momento de que te lo pienses bien.

—¡Cállate! —gritó Randall, y le cogí por los hombros.

—Cálmate —le dije—. No es más que un chalado tomandote el pelo.

Me apartó de un manotazo; la vena de su sien latía salvajemente.

—No intento joderte, amigo —dijo la voz—. Lo único que hago es darte explicaciones, mostrarte que aquí no hay ninguna opción real que tomar. Conozco todas esas locas ideas que han estado revoloteando por tu cabeza y sé cómo has estado esforzándote por controlarlas. Y es inútil que sigas controlándolas, Randall J. Tu lugar está entre nosotros. Lo único que has de hacer es recorrer una pequeña distancia y nos encontrarás esperándote. Tenemos que resolver asuntos bastante serios, amigo. Más allá de la Costa del Napalm, por las tierras altas...

Randall salió disparado hacia la puerta, pero logré cogerle y le hice girar en redondo. Estaba respirando rápidamente por la boca, y sus ojos daban la impresión de brillar con una claridad excesiva, igual que le sucede a una bombilla vieja antes de oscurecerse para siempre.

—¡Suéltame! —dijo—. ¡Tengo que encontrarles! ¡Tengo que decirles que aún no me ha llegado el momento!

—No es más que una condenada broma —le dije, y un instante después lo comprendí todo—. ¡Es Moon, Randall! Y tú lo sabes, sabes que todo esto es cosa suya...

—¡Tengo que encontrarles! —repitió Randall y, con una fuerza increíble, me apartó de un empujón y salió corriendo a la oscuridad.

No volvió ni esa noche ni al otro día, y se le declaró ausente sin permiso oficial. Registramos la base y las aldeas cercanas sin conseguir nada, y dado que los alrededores estaban repletos de patrullas norvietnamitas y grupos del Vietcong, lo más lógico era suponer que había muerto o